

Pastillas desde Planalto 9

Hoy llovió realmente. Todos los anuncios y pronósticos hasta este momento habían dado como resultado casi nada. Alguna llovizna, mucho calor y un poco más alta la humedad. Pero lluvia, lo que se dice lluvia fue esta tarde de miércoles seis de octubre. Me asombró que la profesora de hidro-gimnasia suspendiera la clase. Hizo salir a todo el mundo de la piscina con urgencia cuando empezaron a darse los relámpagos. Caían muchos rayos también. Dijo que era peligroso. No entendí mucho porque la piscina es cubierta, pero... el agua es conductora de electricidad y tomamos precauciones...el local no tiene pararrayos, agregó.

Ahora se respira mucho más, en todos los aspectos. Tuvimos ya tres días de descanso publicitario en materia política. Claro, hasta que no se efectuaran los nombramientos oficiales de los resultados de la elección del domingo, no se podían reanudar las campañas. A nivel nacional Dilma Rousseff y José Serra disputarán la segunda vuelta el 31 de octubre y en lo que se refiere a la gobernación los habitantes de Brasilia elegirán al nuevo gobernador entre el candidato del Partido de los Trabajadores (PT), Agnelo Queiroz, y la abanderada del Partido Social Cristiano (PSC), Weslian Roriz, esposa del ex gobernador Joaquim Roriz. Pero todo esto está siendo tomado con muchísima calma y parecería que, barridas las toneladas de papel de volantes, afiches y demás elementos publicitarios, que algunos de los candidatos electos a diputados se disponen a reciclar para utilizarlos en beneficios de la comunidad, según anuncian, desaparecidas las huellas entonces, casi sin rastros, la normalidad brasiliense ha retornado súbitamente. Es que aquí, la política se traduce en crítica a la corrupción posible –con o sin razones- y a una interminable desconfianza y escepticismo. Por algunos días pareció que al fin de la campaña para el primer turno, se generaban algunos entusiasmos. El propio día de los comicios en que presencié el voto en una sección, un entusiasta evidente, cubierto con una bandera del Partido de los Trabajadores fue a ejercer su derecho. El hombre no paraba de elogiar a sus candidatos, ni siquiera en el momento supremo, en el que descubrió que había olvidado sus anteojos. Algo desesperado empezó a pedir auxilio y ningún lente le servía, hasta que probó con los míos y le sirvieron. Fue una suerte, porque mis ojos de alguna forma también votaron a través del sujeto que no dejaba de agradecer. Eso sí. Quise tomar una foto con mi celular y por razones que no me explicaron pero que imagino deben ser las mismas en que no se pueden usar en los bancos ni en los aviones, me lo impidieron.